

Mujercitas

Louisa May Alcott



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Prefacio

Ve, mi pequeño libro, y enseña a todos
que deben festejar y recibir con los brazos abiertos
lo que se encierra en tu interior;
y pídeles que te dejen mostrarles el camino de la bendición;
ojalá los convezas de que, por su propio bien, harán mucho mejor
convirtiéndose en peregrinos que siendo como todo el mundo.
Hábales de la Virgen; una de las primeras
que comenzó a peregrinar.
Sí, que las jóvenes aprendan de ella a valorar
el reino que habrá de venir, y a ser sensatas.
Porque, después de un pequeño traspíe, puede una doncella hallar a Dios
en los caminos que pies santos han trazado.

Tomado y compendiado de John BUNYAN¹

¹ John Bunyan (1628-1688), escritor místico inglés que, en 1653, tras una grave crisis moral, en la que la angustia del pecado le atormentaba, ingresó en una secta baptista, de la que llegó a ser uno de los predicadores más elocuentes. Su obra más célebre es *El viaje del peregrino desde este mundo al futuro*, de carácter alegórico y escrita en prosa. En ella se narra el viaje que su protagonista, Cristiano, con sus pecados auestas, materializados sobre sus espaldas, hace desde la Ciudad de la Perdición hasta la Ciudad Celestial, pasando por diferentes etapas que simbolizan la ascensión del alma humana desde el pecado al estado de gracia. Así, exhortado por el Evangelista y estimulado por la conciencia de sus pecados, materializados en un gran peso sobre su espalda, atravesará el Pantano de la Desesperación, bajo los rayos del monte Sinaí, pasará ante la Casa del Intérprete, admirará la magnífica fachada de la Casa Bella, y superará la Colina de la Dificultad y el profundo Valle de la Humillación. Proseguirá por el terrible Valle de la Sombra de la Muerte y, tras recorrer un tortuoso y oscuro camino, llegará a la Gruta de los Gigantes; más adelante, alcanzará la Feria de las Vanidades, cruzará los espléndidos jardines de las Montañas Deliciosas, continuará entre tinieblas por las zarzas del Terreno Encantado, hasta llegar, finalmente, a la Ciudad Celestial. En la segunda parte de la obra, la mujer y los hijos de Cristiano realizarán el mismo viaje. El lector podrá comprobar que, ya desde el primer capítulo, Louisa May Alcott hace numerosas alusiones a esta obra a lo largo de su narración.

CAPÍTULO I

El juego del peregrino

—Las Navidades no serán Navidades sin ningún regalo —refunfuñó Jo, tumbada en la alfombra.

—¡Es tan horrible ser pobre! —suspiró Meg, mirando su viejo vestido.

—No creo que sea justo que algunas chicas tengan montones de cosas bonitas y otras, nada de nada —añadió la pequeña Amy, con gesto ofendido.

—Tenemos a papá y a mamá, y nos tenemos las unas a las otras —dijo Beth tranquilamente desde su esquina.

Los rostros de las cuatro jóvenes resplandecieron al amor de la lumbre con estas reconfortantes palabras, pero volvieron a oscurecerse en cuanto Jo dijo tristemente:

—No tenemos a papá, y no lo tendremos en mucho tiempo.

No se atrevió a decir «quizá nunca», pero todas lo pensaron en silencio y recordaron a su padre lejos, allá donde se estaba luchando.

Durante un momento nadie habló. Entonces, Meg dijo alterada:

—Sabes perfectamente que la razón por la que mamá propuso que no hubiese regalos estas Navidades es porque va a ser un invierno muy duro para todos, y cree que no deberíamos gastar el dinero en caprichos cuando nuestros hombres están sufriendo tanto en el ejército. No podemos hacer demasiado, solo pequeños sacrificios y deberíamos hacerlos contentas. Aunque mucho me temo que yo no seré capaz.

Y Meg sacudió la cabeza, pensando apesadumbrada en las cosas bonitas que deseaba.



—Pues yo no creo que lo poco que pudiéramos gastarnos vaya a hacer mucho bien. Cada una ha conseguido un dólar: el ejército no va a recibir una gran ayuda si le damos semejante cantidad. Estoy conforme con no esperar nada de mamá o de vosotras, pero yo quiero comprarme *Ondina y Sintram*. ¡Llevo tanto tiempo esperando! —dijo Jo, que era un ratón de biblioteca.

—Yo había pensado gastarme el mío en una nueva partitura —dijo Beth, con un pequeño quejido que nadie oyó excepto los leños de la chimenea y el asa de la tetera.

—Yo podría comprar una bonita caja de lápices de dibujo Faber¹. Realmente los necesito —dijo Amy, resuelta.

—Mamá no dijo nada de nuestro dinero, y no deseará que renunciemos a todo. Que cada una se compre lo que quiera y disfrutemos un poco. Estoy segura de que hemos trabajado de sobra para ahorrarlo —proclamó Jo, mirando el tacón de su zapato como lo hacen los hombres.

—Yo sí que lo he hecho..., enseñando a esos fastidiosos niños prácticamente todos los días, cuando lo que más me gusta es quedarme en casa tranquilamente —comenzó Meg, una vez más en tono quejoso.

—Lo tuyo no es tan duro como lo mío —dijo Jo—. ¿Te gustaría estar encerrada durante horas con una anciana nerviosa y remilgada, que te tiene trotando de un lado a otro, que nunca está satisfecha y te acosa hasta hacerte sentir deseos de tirarte por la ventana o de echarte a llorar?

—Es inútil lamentarse. Y tampoco es que crea que lavar los platos y tener la casa ordenada sea el peor trabajo del mundo, pero no me gusta..., y se me agarrotan las manos de un modo que no puedo tocar bien —y Beth se miró las manos ásperas con un suspiro que esta vez todas oyeron.

¹ Johann Lothar von Faber (1817-1896), industrial alemán que en 1839 sucedió a su padre en la dirección de una fábrica de lápices de 20 empleados que su abuelo Kaspar Faber había fundado en Nuremberg en 1760, estableció sucursales en Nueva York, París, Londres y Berlín y agencias en Viena, San Petersburgo y Hamburgo, y obtuvo en 1856 el derecho exclusivo de explotación de las minas de grafito de Siberia oriental. A su muerte, su viuda traspasó la empresa a su nieta, la condesa Otilia von Faber-Castel, de quien tomó su denominación actual.



—No creo que ninguna sufra tanto como yo —se lamentó Amy—; no tenéis que ir a un colegio con niñas impertinentes, que se burlan de ti si no te sabes las lecciones y se rien de tus vestidos, y *etiquetan* a tu padre si no es rico y te insultan si tu nariz no es bonita.

—Si quieres decir *difaman*², dilo, y no hables de etiquetas como si papá fuese un bote de pepinillos —aconsejó Jo, riéndose.

—Yo sé lo que quiero decir y no necesitas ponerte *arcastica*³. Lo más propio es usar palabras correctas y mejorar tu *vocabulario* —respondió Amy con dignidad.

—No regañéis, niñas. ¿No te gustaría tener el dinero que papá perdió cuando éramos pequeñas, Jo? ¡Dios mío! ¡Qué felices seríamos si no tuviésemos estrecheces! —dijo Meg, que podía recordar tiempos mejores.

—Tú dijiste el otro día que seguro que éramos bastante más felices que los hijos del rey, porque ellos se pelean y lloriquean todo el tiempo a pesar de su dinero.

—Sí, lo dije, Beth. ¡Bueno! Y creo que es verdad porque, aunque tengamos que trabajar, nos divertimos y formamos *un alegre grupo chipén*, como diría Jo.

—¡Qué palabrotas usa Jo! —exclamó Amy, echando una mirada reprobadora a la alargada figura recostada en la alfombra.

Jo se sentó inmediatamente, metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar.

—¡No, Jo, eso no es nada femenino!

—Por eso lo hago.

—¡Odio a las chicas brutas y poco delicadas!

—Y yo a las niñas afectadas y tiquismiquis.

—*Los pájaros en sus nidos están siempre muy unidos* —cantó Beth, la pacificadora, con una cara tan divertida que las enfurruñadas voces se dulcificaron hasta la risa, y la pelea, por esta vez, terminó.

—La verdad es que se os podría censurar a las dos —dijo Meg, empezando a leerles la cartilla en su papel de hermana mayor—. Ya eres lo bastate adulta como para dejar los modales de chico y comportarte mejor, Jo-

Chipén: Estupendo, excelente.

Afectada: Que carece de naturalidad y sencillez en la manera de hablar o de comportarse.

Tiquismiquis: Persona muy remilgada y escrupulosa en exceso.

² Confusión entre *label* («etiquetar») y *libel* («difamar»).

³ Quiere decir sarcástica (burlona, irónica).



sephine. Cuando eras una niña, no importaba demasiado; pero ahora, que estás tan alta y te recoges el pelo, deberías recordar que eres una señorita.

—¡No lo soy! Y si el que me recoja el pelo me convierte en una, llevaré dos coletas hasta los veinte años —chilló Jo, quitándose la redecilla y dejando caer su espesa melena castaña—. ¡Odio pensar que tengo que crecer, y convertirme en la señorita March, y llevar trajes largos, y parecer tan tiesa como si me hubieran almidonado! ¡Ya es bastante desgracia ser mujer cuando lo que me gusta son los juegos, los trabajos, los modales masculinos! No puedo superar la frustración de no ser un chico. ¡Y ahora menos que nunca, porque me muero de ganas de ir a luchar al lado de papá; pero solo puedo quedarme en casa haciendo calceta, como una anciana incapaz! —y Jo se puso a sacudir los calcetines azul militar hasta que las agujas sonaron como castañuelas y el ovillo saltó hasta el otro extremo del cuarto.

—¡Pobre Jo! Es terrible, pero no hay solución. Tendrás que contentarte con abreviar tu nombre para que parezca de chico y jugar a ser el hermano de todas nosotras —dijo Beth, acariciando la cabeza que se apoyaba en su rodilla con una suavidad que no podría perder ni con todas las coladas y limpiezas del mundo.

—En cuanto a ti, Amy —continuó Meg—, eres francamente afectada. Ahora puede hacer gracia, pero crecerás como una necia remilgada si no tienes cuidado. Me gustan tus modales y tu forma de hablar refinada cuando no intentas ser elegante. Pero tus palabras absurdas son tan terribles como la jerga de Jo.

—Si Jo no sabe comportarse y Amy es tan remilgada, ¿cómo soy yo? —preguntó Beth, dispuesta a compartir el sermón.

—Tú eres un encanto, y nada más —contestó Meg, cariñosa; y nadie la contradujo porque el «ratoncito» era la mascota de la familia.

Como nuestros jóvenes lectores querrán hacerse una idea de su aspecto, aprovecharemos este momento para hacerles un pequeño esbozo de las cuatro hermanas, que estaban sentadas al atardecer haciendo punto, mientras fuera caía una suave nevada de diciembre y dentro chis-

Almidonar:
Mojar un tejido con almidón disuelto en agua para que al plancharlo quede tieso y con más consistencia.

Calceta:
Tejido elástico, generalmente de lana o algodón, hecho a mano con agujas de media.

Colada: Lavado de la ropa sucia de una casa.



porroteaba alegremente el fuego. Era una vieja habitación confortable, aunque de muebles sencillos y con la alfombra algo descolorida. Había un par de buenos cuadros en las paredes, libros en los estantes, crisantemos y rosas de Navidad en el alféizar de la ventana y una cálida atmósfera de paz hogareña llenándolo todo.

Margaret, la mayor de las cuatro, tenía dieciséis años; era muy guapa, rellenita y pálida, con ojos grandes llenos de ternura, pelo castaño, boca delicada y manos muy blancas, de las que estaba sumamente orgullosa. Para sus quince años Jo, resultaba muy alta, delgada y morena; su torpeza manejando sus largas extremidades hacía pensar en un potrillo. Tenía la boca enérgica, una nariz fina y graciosa, ojos grises que parecían verlo todo y que eran alternativamente fieros, burlones o pensativos. Su principal atractivo residía en su larga y espesa melena, aunque normalmente la llevaba recogida con redecilla para que no le molestase. Jo era algo cargada de espaldas, de manos y pies grandes, descuidada en el vestir y con ese aire incómodo de la niña que, a disgusto, se convierte rápidamente en mujer. Elizabeth —o Beth, como todos la llamaban— era una niña de trece años sonrosada, de pelo liso y ojos brillantes. Con modales y voz tímidos, su expresión transmitía paz y rara vez se alteraba. Su padre la llamaba «Quietecita» y el nombre le sentaba de maravilla, porque vivía en su propio mundo feliz, del que tan solo se aventuraba a salir para encontrar a los pocos a quienes amaba y admiraba. Aunque fuese la menor, Amy era una persona importantísima, al menos según su propia opinión. Parecía una virgen de las nieves, con ojos azules y dorados rizos cayendo sobre sus hombros; pálida y esbelta, siempre se comportaba como una señorita únicamente preocupada por sus modales. Cómo era la personalidad de estas cuatro hermanas es algo que ya iremos descubriendo.

El reloj dio las seis y, después de reavivar las llamas, Beth puso unas zapatillas junto al fuego para calentarlas. De algún modo, la visión de las viejas zapatillas ejerció un efecto positivo en las chicas: mamá estaba a punto de llegar y todas se animaron para darle la bienvenida. Meg dejó de leer y encendió la lámpara, Amy se levantó del

Crisantemo: Planta de la familia de las Compuestas, de flores abundantes de colores variados.

Rosa de Navidad: Planta de la familia de las Ranunculáceas. Muy utilizada en floristería por sus bellas flores cóncavas blancas.

Alféizar: Vuelta que hace la pared en el vano de una ventana; en especial la pieza horizontal sobre la que se asienta la base de la ventana.



sillón sin que nadie se lo pidiera y Jo, olvidándose de su cansancio, se arrimó a la chimenea para sostener las zapatillas aún más cerca del fuego.

—Están bastante usadas. Mamá necesita un nuevo par.

—Había pensado comprarle unas con mi dólar —dijo Beth.

—¡No! ¡Lo haré yo! —gritó Amy.

—Yo soy la mayor... —empezó Meg, pero Jo la interrumpió tajantemente:

—Yo soy el hombre de la familia ahora que papá está fuera, y yo me haré cargo de las zapatillas. Él me pidió que cuidase de mamá mientras estuviera ausente.

—Os diré lo que vamos a hacer —dijo Beth—: que cada una le regale algo por Navidad en lugar de comprar cosas para nosotras mismas.

—¡Eres maravillosa! ¿Qué podemos comprar? —exclamó Jo.

Todas pensaron juiciosamente un momento y Meg proclamó, como si la idea surgiese de la contemplación de sus lindas manos:

—Le regalaré un bonito par de guantes.

—Calzado militar. El mejor que haya —gritó Jo.

—Pañuelos bordados —dijo Beth.

—Yo le compraré un bote de colonia. A ella le encanta, y no será muy caro. Podré comprar también mis lápices —añadió Amy.

—¿Y cómo le daremos los regalos? —preguntó Meg.

—Los pondremos todos sobre la mesa y la haremos entrar, y veremos cómo va abriendo los paquetes. ¿No te acuerdas de cómo lo hacíamos en nuestros cumpleaños? —contestó Jo.

—Yo me asustaba tantísimo cuando me tocaba el turno de sentarme en la silla grande, con la corona, viéndonos a todas desfilar ante mí para darme los regalos y un beso. Me gustaban los regalos y los besos, pero era horrible teneros ahí sentadas mirándome mientras abría paquetes —dijo Beth, que tostaba el pan para el té al mismo tiempo que su cara.

—Que mamá crea que compramos cosas para nosotras y así le damos una sorpresa. Deberíamos ir de tien-



das mañana por la tarde, Meg. Hay mucho trabajo pendiente para la representación de Navidad —dijo Jo, dando zancadas arriba y abajo, con las manos a la espalda y la nariz husmeante.

—Yo no volveré a actuar después de la función de este año. Me estoy haciendo mayor para estas cosas —observó Meg, que a la hora de jugar era tan niña como las otras.

— Eso no te lo crees ni tú. Con lo que te encanta pavonearte por ahí con un traje blanco y la melena al viento, enojada con papel de plata. Además, eres nuestra mejor actriz; si dejas el escenario, sería el fin —dijo Jo—. Lo que tenemos que hacer es ensayar esta misma noche. Ven aquí, Amy, empezará con la escena del desmayo: te pones más tiesa que un palo.

—Pues no sé hacerlo mejor; nunca he visto desmayarse a nadie, y no soy capaz de ponerme blanca como la pared y tirarme al suelo. Esas cosas las haces tú. Y si intento caer poco a poco, tropiezo. Así que me derrumbaré graciosamente sobre una silla. No me importa en absoluto que Hugo se me acerque con una pistola —le replicó Amy, que no tenía el menor talento dramático y la habían escogido para el papel porque, al ser la más pequeña, era más fácil para el «malvado» cargar con ella.

—Prueba así: estrujándote las manos y tambaleándote por la habitación mientras gritas histérica: «¡Rodrigo! ¡Sálvame! ¡Sálvame!» —y así lo hizo Jo, con un grito melodramático realmente espectacular.

Amy la imitó, pero con las manos rígidas y moviéndose como una máquina, y sus gritos más parecían producidos por pinchazos de alfiler que por miedo o angustia: Jo soltó un gemido desesperado y luego se rio a carcajadas. Beth observaba con interés la diversión general mientras sus tostadas se iban quemando.

—¡Es inútil! Cuando llegue el momento, hazlo lo mejor que puedas, y si el público se ríe, no me eches la culpa. Vamos, Meg.

A partir de ese momento las cosas fueron como la seda: Don Pedro desafió al mundo en un parlamento de dos páginas sin una sola interrupción; Hagar, la bruja, formuló un terrible conjuro sobre su caldero de sapos co-



Macabro: Sombrio,
fúnebre.

cidos con resultados macabros; Rodrigo, lleno de hombría, partió en dos sus cadenas; y Hugo agonizó entre remordimientos y arsénico con unos salvajes: «¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!».

—¡Es lo mejor que hemos hecho! —dijo Meg, mientras el «malvado» se incorporaba sacudiéndose.

—No sé cómo puedes escribir e interpretar algo tan estupendo, Jo. ¡Eres todo un Shakespeare⁴! —exclamó Beth, firmemente convencida de que su hermana estaba dotada de un extraordinario talento para todo.

—No exageres —respondió Jo humildemente—. Yo creo que *La maldición de la bruja* está bien, pero me gustaría representar *Macbeth* si tuviéramos una trampa para Banquo. Siempre quise hacer la parte del asesinato⁵: «¿Es un puñal lo que veo ante mí?» —recitó Jo, poniendo los ojos en blanco y tratando de agarrar la nada, como había visto hacer a un famoso actor.

—No. Es el pincho de tostar con una zapatilla de mamá en vez de una tostada. Beth se atonta con el teatro —exclamó Meg, y el ensayo terminó con una carcajada general.

—Da gusto encontraros tan alegres, hijas —dijo una voz animada desde la puerta, y público y actores se volvieron para dar la bienvenida a una dama alta y maternal, cuya mirada revelaba una disponibilidad absolutamente deliciosa. No iba vestida con elegancia, pero tenía cierto aire respetable y las chicas estaban convencidas de que la capa gris y el anticuado sombrero cubrían a la madre más espléndida del mundo.

—Bien, queridas, ¿cómo os ha ido hoy? He tenido tanto trabajo preparando el envío de mañana que no he podido venir a comer. ¿Ha venido alguien, Beth? ¿Qué tal tu resfriado, Meg? Jo, pareces terriblemente cansada. Dame un beso, cariño.

⁴ William *Shakespeare* (1564-1616), dramaturgo, poeta y actor inglés, es, como todos sabemos, una de las más grandes figuras de la literatura universal. Autor de comedias, dramas históricos y tragedias, entre estas últimas, podemos destacar, *Romeo y Julieta* (1595), *Hamlet* (1600-1601), *El rey Lear* (1605) o *Macbeth* (1605-1606).

⁵ *Macbeth* ordena asesinar a Banquo porque las tres brujas que, al principio de la obra, se han aparecido a ambos, predicen que el primero será rey y el segundo, no, pero sí sus descendientes. Banquo es asesinado en el acto III, pero su espectro aparece y atormenta a *Macbeth* en el banquete que se celebra en el palacio tras su muerte.



Mientras hacía estas preguntas maternas, la señora March se quitó las ropas mojadas, se puso las zapatillas calentitas, se sentó en el sillón y aupó a Amy en sus rodillas dispuesta a disfrutar de la mejor hora de aquel ocupado día. Las muchachas revoloteaban de un lado a otro intentando, cada una a su manera, hacerlo todo más confortable. Meg puso la mesa para el té, Jo trajo más leña y colocó las sillas alborotando y volcando todo lo que tocaba, Beth iba y venía del salón a la cocina, ocupada y silenciosa, mientras Amy, mano sobre mano, daba órdenes a todo el mundo.

Al sentarse a la mesa, la señora March dijo, con cara sonriente:

—Tengo una sorpresa para después de la cena.

Una sonrisa cruzó, como un rayo de sol, por todos los rostros. Beth aplaudió, sin reparar en la galleta que tenía en las manos, y Jo, lanzando la servilleta al aire exclamó:

—¡Una carta! ¡Una carta! ¡Tres hurras por papá!

—Sí, una carta larga y afectuosa. Está bien y cree que pasará el invierno mejor de lo que suponíamos. Manda un montón de buenos deseos para Navidad y un mensaje especial para vosotras —dijo la señora March, acariciándose el bolsillo como si en él tuviera un tesoro.

—¡Date prisa y acaba! Es que no paras de marear el plato, Amy —bramó Jo atragantándose con el té a la vez que, en su prisa por terminar y llegar al momento ansiado, se le caía una tostada con mantequilla sobre la alfombra.

Beth dejó de comer, se refugió en su rincón oscuro y, mientras las otras terminaban, saboreó de antemano el placer que pronto llegaría.

—Creo que papá fue muy generoso yéndose de capellán, sin estar en edad militar y con una salud como la suya —dijo Meg afectuosamente.

—¡Cómo me gustaría poder ir tocando el tambor, o de cantinera, o de enfermera, y estar a su lado, y ayudarle! —exclamó Jo con un suspiro.

—Debe de ser repugnante dormir en una tienda, comer cualquier porquería y beber en una lata —murmuró Amy.

—¿Cuándo va a volver a casa, mami? —preguntó Beth con voz temblorosa.

Capellán: Sacerdote encargado del servicio religioso de una institución no parroquial, como el ejército, un hospital o una prisión.



—No hasta dentro de unos meses, cariño, a no ser que se ponga enfermo. Se quedará y cumplirá con su obligación fielmente mientras pueda, y nosotras no le pediremos que regrese si no ha terminado su tarea. Ahora acercaos y oíd lo que dice la carta.

Todas se acercaron al fuego; la madre en el sillón con Beth a sus pies, Meg y Amy cada una en un brazo de la butaca y Jo apoyada en el respaldo, donde nadie pudiera notar las emociones que la carta le provocase.

Casi todas las cartas, en aquellos tiempos difíciles, eran conmovedoras, mucho más las que los padres de familia enviaban a sus hogares. En esta en concreto casi no se hablaba de molestias, peligros o añoranzas. Era una carta alegre y esperanzada, llena de descripciones de la vida de cuartel, las marchas y las noticias de la guerra, y solamente al final emergía un corazón lleno de amor paterno y anhelo por las mujercitas que había dejado en casa:

«Dales un beso de mi parte y transmíteles mi profundo amor. Diles que pienso en ellas cada día, que rezo por ellas cada noche y que mi mayor consuelo es su cariño. Esperar todo un año antes de verlas parece imposible, pero recuérdales que, si llenamos la espera de trabajo, estos días difíciles no habrán sido un tiempo desperdiciado. Sé que recordarán todos mis consejos, que serán cariñosas contigo, cumplirán con sus obligaciones, lucharán contra sus malos pensamientos y se convertirán en unos seres tan hermosos que, cuando vuelva, podré estar más orgulloso que nunca de mis mujercitas».

Al llegar a esta parte, todas suspiraron; Jo no se avergonzó del lagrimón que caía de la punta de su nariz, y Amy escondió la cabeza en el hombro de su madre, sin preocuparse por sus bucles, diciendo entre pucheros:

—¡Soy una egoísta! Pero intentaré ser mejor, ¡de verdad! No quiero desilusionarle.

—Todas tenemos que mejorar —suspiró Meg—; yo me preocupo constantemente de mi aspecto y odio trabajar. Aunque no será así por mucho tiempo, al menos en lo que de mí dependa.



—Yo procuraré comportarme como una «mujercita», ya que a él le gusta llamarme así, y dejar de ser tan brusca y salvaje; cumpliré con mi deber aquí, en vez de esperar a estar en otra parte —dijo Jo, pensando que contener su temperamento en casa sería mucho más difícil que plantarle cara a un par de rebeldes en el Sur.

Beth no dijo nada, pero enjugó sus lágrimas con los calcetines militares y se puso a recoger con ímpetu, sin perder tiempo, lo que tenía más cerca, mientras decidía en su corazoncito convertirse en todo lo que su padre esperaba encontrar después de ese año, el día del feliz regreso a casa.

La señora March rompió el silencio que había seguido a las palabras de Jo, y dijo con voz alegre:

—¿Recordáis el juego del «Viaje del peregrino», de cuando erais pequeñas? Os encantaban los hatillos para llevar a la espalda que os hacía con trapos, y los sombreros y bastones, y los rollos de papel, y que os dejara recorrer la casa, desde la bodega, que era la Ciudad de la Destrucción, hasta el ático, donde guardabais todas las cosas bonitas que habíais podido juntar para construir la Ciudad Celestial.

Hatillo: Paquete o envoltorio pequeño que generalmente se hace liando prendas de ropa, principalmente para llevar objetos personales.

—¡Era fantástico! Sobre todo cuando pasábamos junto a los leones, peleábamos con Apolo y atravesábamos el valle de los duendes —dijo Jo.

—A mí me gustaba el lugar desde donde tirábamos los hatillos escaleras abajo —dijo Meg.

—Lo que más me gustaba era salir al tejado, en la zona donde estaban nuestras flores, plantas y cosas más bonitas, y todas nos quedábamos quietas, y cantábamos felices bajo el sol —dijo Beth sonriendo, como si aquel momento dichoso hubiese vuelto.

—Yo no me acuerdo mucho, solo de que el sótano me daba miedo con su entrada tan oscura, y de lo bueno que estaba el pastel y la leche del ático. Si no fuese demasiado mayor para estas cosas, creo que me gustaría volver a jugar —dijo Amy, que a la madura edad de doce años anunciaba su renuncia a los juegos infantiles.

—Nunca se es demasiado mayor, cariño, porque es un juego al que siempre jugamos, de una manera u otra. Nuestras cargas están aquí mismo, el camino frente a nosotras, y el deseo de bondad y felicidad es nuestra guía a



través de los problemas y errores hacia la paz, que es la verdadera Ciudad Celestial. Ahora, mis pequeñas peregrinas, imaginad que hay que ponerse en marcha, pero no jugando, sino en la realidad, y a ver lo lejos que podéis llegar de aquí a la vuelta de vuestro padre.

—¿De verdad?... ¿Pero cuáles son vuestras cargas? —preguntó Amy, que era una cría que se tomaba todo al pie de la letra.

—Cada una ha dicho cuál es la suya hace un momento, menos Beth. Quizá es que ella no tiene ninguna —dijo su madre.

—Sí que la tengo. Mi carga son los platos y estropajos, y la envidia que me dan las chicas con buenos pianos, y lo mucho que me asusta la gente.

La carga de Beth resultaba francamente divertida, y todas se hubieran reído, pero no lo hicieron para no herir sus sentimientos.

—Pues juguemos —dijo Meg, pensativa—; a fin de cuentas, es solo otra forma de llamar al deseo de ser mejor, y quizá nos ayude. Porque, aunque queramos ser buenas, es algo difícil, que se nos olvida y en lo que no ponemos todo nuestro esfuerzo.

—Esta noche estábamos en el Pantano de la Desesperación, y mamá vino y nos sacó de él, como hizo el hombre llamado Socorro en el libro. Deberíamos tener nuestra lista de indicaciones, como Cristiano⁶. ¿Qué se debe hacer en cada ocasión? —preguntó Jo, disfrutando de la idea de darle un poco de romanticismo a la árida tarea de cumplir con su deber.

—Buscad debajo de la almohada la mañana de Navidad y encontraréis vuestra guía —contestó la señora March.

Mientras la vieja Hannah recogía la mesa, ellas hablaron de sus planes, después sacaron sus cuatro cestos de costura y las agujas empezaron a trabajar siguiendo el ritmo con que las chicas cosían sábanas para la tía March. El trabajo era aburrido, pero esa noche ninguna se quejó. Seguían la idea de Jo de dividir las costuras largas en

⁶ Cristiano es el personaje central de *El viaje del peregrino*, de Bunyan.



cuatro partes, a las que llamaban Europa, Asia, África y América. Así, hablando de los diferentes países que iban remendando, el camino era más agradable.

A las nueve dejaron de trabajar y cantaron, como de costumbre, antes de irse a la cama. Beth era la única que conseguía sacar verdadera música del desvencijado piano. Tenía un estilo especialmente dulce de tocar las teclas amarillas mientras componía un agradable acompañamiento para sus sencillas canciones. Las voces aflautadas de Meg y de su madre dirigían el pequeño coro. Amy parecía una chicharra y Jo seguía su propia inspiración, colocando una corchea o un silencio en el lugar menos indicado.

Siempre terminaban el día igual desde que fueron capaces de tartamudear:

«Brilla, brilla, 'trelita».

Se había convertido en un rito inalterable, porque la madre era una cantante nata. Lo primero que se oía por la mañana era su voz de alondra recorriendo la casa, y por la noche el mismo sonido alegre cantaba la nana que arrullaba el sueño de sus hijas.